

NEO-EXTRACTIVISMO AGRÍCOLA Y AGROECOLOGÍA: TENSIONES EN LA INTERFAZ URBANO-RURAL DE LA REGIÓN METROPOLITANA DE ROSARIO

AUTORAS

Galimberti, Cecilia. CURDIUR – CONICET-UNR. cecilia.galimberti@conicet.gov.ar

Ciarniello, Laura. CURDIUR – CONICET-UNR. lauraciarniello@hotmail.com

palabras clave

agroecología; interfaz urbano/rural; ambiente; soberanía alimentaria.

RESUMEN

En las últimas décadas, si bien se ha producido una fuerte concientización en torno a los efectos del modelo productivo global basado en el crecimiento económico, en la actualidad se continúan registrando numerosos impactos ambientales. Diversos debates cuestionan el modelo extractivista que desplaza sus consecuencias mayormente a territorios del sur global y discuten en torno a los límites de crecimiento económico y las alternativas de “desarrollo” en pos de una mayor sostenibilidad. Este trabajo tiene por objeto indagar sobre los distintos modos de producción agrícola en paisajes intermedios metropolitanos, haciendo foco en Rosario. En dicho caso, las características territoriales, los cambios tecnológicos y el rol del Estado posibilitaron la consolidación de un modelo vinculado con el monocultivo de soja y los agronegocios. Dado que el Gran Rosario resulta el principal polo agroexportador de oleaginosas nacional, se plantea una encrucijada entre el “desarrollo” del país o un cambio de modelo, aunque los conflictos que acarrea exigen evaluar alternativas. Partiendo de la hipótesis de que las producciones agroecológicas en territorios de interfaz posibilitan nuevas relaciones socioecológicas y reducen los efectos nocivos más urgentes, se reflexiona sobre la experiencia de los Parques Huerta como propuesta dinamizadora que configura una coexistencia de transición.

INTRODUCCIÓN

En 1962, *La Primavera Silenciosa* de Rachel Carson contribuyó al inicio de una fuerte concientización en torno a los efectos ambientales producidos por el modelo de desarrollo dominante que generó un cambio hacia un modo de producción y consumo globalizado, específicamente frente a los impactos del uso de pesticidas (DDT) para usos agrícolas. Esto permitió numerosas discusiones en torno a los límites del crecimiento económico, los paradigmas de “desarrollo” y alternativas para lograr una mayor sostenibilidad. Estos debates, presentes a escala global, cuestionan un modelo que desplaza sus peores efectos, ambientales y sociales, mayormente a territorios del sur global reproduciendo un patrón de relaciones coloniales. A sesenta años del libro de Carson, aún continúan vigentes no solo los conflictos en torno a la utilización masiva de agroquímicos, sino a un amplio espectro de consecuencias para la biodiversidad ecológica, la salud de la población y el futuro de territorios con fuertes inequidades sociales.

En la interacción urbano-rural los efectos del modelo se hacen más visibles, mientras que la disponibilidad espacial y su escasa consolidación y regulación al mismo tiempo posibilitan el surgimiento de experiencias alternativas. En ese sentido, el presente trabajo tiene por objeto indagar sobre los debates y tensiones producidas por los distintos modos de producción agrícola, sus características, efectos, impactos y alternativas en los paisajes intermedios metropolitanos. Para ello se toma como caso de estudio a la Región Metropolitana de Rosario (RMR), en especial la interfaz urbano-rural en torno de su ciudad cabecera. Esta desde fines del siglo XX atraviesa un profundo proceso de *agriculturación* caracterizado principalmente por la expansión sojera, posibilitado por diversos factores, como la capacidad de las tierras, los cambios tecnológicos y el rol del Estado y la ciencia frente al paradigma extractivista. En pocos años se consolidó un modelo de producción y desarrollo regional apoyado en el monocultivo de soja y los agronegocios, determinado por la gestión empresarial que involucra toda la cadena de producción alimentaria, desde la modificación genética de las semillas al procesamiento y exportación mundial.

Dicha región, localizada sobre la Hidrovía Paraguay-Paraná — principal curso fluvial por el que se exporta el 83 % de la produc-

ción nacional y gran parte de los recursos latinoamericanos— se posiciona en los últimos años como el mayor centro agroexportador de oleaginosas en Argentina y el primero a nivel mundial. A pesar de la enorme contribución que esto significa para la economía argentina, dado que el sector agroexportador representa el 16 % del PBI nacional, es importante destacar que dicho modelo también acarrea conflictos e impactos socioambientales. De este modo, se plantea una encrucijada entre el “desarrollo” del país o un cambio de modelo. En este contexto, la investigación sostiene la hipótesis de que las producciones alternativas asociadas a la agroecología en los territorios de interfaz entre el campo/ciudad posibilitan nuevas relaciones socioecológicas de producción alimentaria. Estas reducen los efectos nocivos más urgentes de prácticas incompatibles con las áreas urbanas, al mismo tiempo que permiten pensar nuevos paradigmas de desarrollo y ofrecen una resistencia al avance del modelo.

Es así que se reflexiona sobre la experiencia de los parques huerta de Rosario, entendida como propuesta urbana dinamizadora. Si bien estos presentan diversos cuestionamientos, el fuerte protagonismo de los actores locales en sus distintas etapas—desde el diseño hasta la producción y comercialización de los productos— y la formulación como espacios multifuncionales integrados al ámbito urbano con tenencia segura del suelo los convierte en espacios de interés para su estudio. Las producciones allí presentes se apoyan en insumos y técnicas que posibilitan posicionarse como modelos de producción alimentaria más sostenibles e inclusivos en los bordes intersticiales entre lo urbano y lo rural. Este tipo de propuestas procuran el cuidado del ambiente y el avance hacia la soberanía alimentaria y permiten la *re-existencia* de otros modos de vincular sociedad y naturaleza, ya no en términos instrumentales y utilitaristas. El estudio de estas experiencias agroecológicas resulta un aporte para fortalecer conceptualmente modelos alternativos al *paradigma antropocéntrico* y delinear coexistencias de transición a partir de prácticas concretas.

MATERIALES Y MÉTODOS

La metodología empleada es de carácter mixto cuali-cuantitativo, a través de un desarrollo que consta de tres etapas. En primer lugar, se procedió al relevamiento, sistematización y

análisis crítico de la bibliografía vinculada con el debate sobre los paradigmas relacionados con los modelos de desarrollo vigentes, focalizando en los modelos agroganaderos y el considerado neoextractivismo agrario; así como de las producciones alternativas, en especial, la agroecología. En la segunda etapa se analizaron los procesos de transformación territoriales en la Región Metropolitana de Rosario, desde las últimas dos décadas del siglo XX hasta la actualidad, indagando sobre el rol de las dinámicas de *agriculturación* y *sojización*, sus efectos, impactos y principales características; como también se profundizó en el estudio particularizado de los parques huerta de Rosario entendidos como propuestas alternativas de producción integrales en los espacios de interfaz entre lo urbano/rural. En la tercera etapa se procedió a cotejar e interrelacionar los debates identificados previamente en torno a los resultados obtenidos del análisis del caso de estudio, a fin de comprender las contribuciones que resultan de los casos locales alternativos al debate general de cambio de paradigmas.

Los materiales y técnicas utilizados consisten en fotografías satelitales y aéreas, documentos de planeamiento urbano-territorial y normativas de usos del suelo, informes de la Bolsa de Comercio de Rosario y del INTA, artículos de prensa periódica y entrevistas semiestructuradas a actores clave (como, por ejemplo, promotores de las propuestas del programa parques huerta en Rosario y a huerteros), recorridos exploratorios en el territorio y desarrollo de registros cartográficos analíticos-interpretativos.

EL NEOEXTRACTIVISMO AGRÍCOLA Y LAS TENSIONES SOCIOESPACIALES

El pensamiento occidental moderno, configurado a fin de la dominación colonial y capitalista, ha ido estructurando sociedades, culturas, economías, políticas y, por ende, territorios, determinando grandes transformaciones a escala global. El último impulso estuvo vinculado con la integración de las economías locales al marco mundial en la segunda mitad del siglo XX, donde los modos de producción y los movimientos de capital se configuran a escala planetaria y consolidan la comprensión del desarrollo en términos de crecimiento económico. Esto implicó un nuevo modelo de producción y consumo globalizado, que puso en evidencia las relaciones de poder socioeconómicas y políticas

de la sociedad. La llamada Revolución Verde¹ de la década del 60, con la excusa de combatir el hambre y mejorar los rendimientos, configuró una práctica agrícola sin agricultores y un paradigma extractivista apoyado en los monocultivos cuyos productos son entendidos como mercancías a granel y sus precios regulados por el mercado mundial. Un esquema que entiende la naturaleza separada del ser humano, en términos utilitaristas e instrumentales, y los elementos y procesos naturales como un conjunto ilimitado de recursos orientado por el mito del progreso (Palau, 2020).

La economía mundial configuró una nueva división internacional del trabajo con una estructura asimétrica entre países, polarizada entre las zonas productivas ricas y con alta información y otras empobrecidas y socialmente excluidas. En Latinoamérica las transformaciones tuvieron lugar en el marco del proceso de reestructuración capitalista de las últimas décadas del siglo XX, y los estados nacionales con el objetivo de atraer inversiones impulsaron un proceso de desregulación político-administrativa. El avance de los cultivos intensivos arrasó sobre entornos naturales sin contemplar el cuidado del ambiente o la conservación de los suelos; el uso de herbicidas para aumentar la producción fue desmedido, más allá del impacto que pudiera generar en la población en general. No obstante, desde sus inicios dicho modelo tuvo muchas oposiciones a nivel global, debido a sus impactos ambientales por el uso de agroquímicos, la homogeneización de los paisajes rurales, la exclusión de las personas con saberes agrícolas y el empobrecimiento de las economías campesinas, así como sobre la reestructuración territorial vinculada con las migraciones campo/ciudad y las nuevas lógicas de producción urbana.

La fuerte reestructuración territorial modificó las dinámicas espaciales fundamentalmente vinculadas con la interacción entre el ámbito rural y el urbano. El proceso de metropolización y la difusión de los límites se dio sobre una base con deficiencias estructurales e históricamente desigual y normas escasas o ambiguas. Mientras los núcleos centrales crecieron en altura y superaron la infraestructura, los bordes se desparramaron sin planificación, alojaron enclaves industriales producto de la economía mundial —muchos contaminantes—, personas expulsadas del sistema agrícola y de los centros por el costo del suelo o en la búsqueda del espacio verde. Se configuraron espa-

¹ Inició en Estados Unidos y se extendió mundialmente. Implicó la incorporación de nuevas prácticas y tecnologías, como la siembra de variedades de granos más resistentes a los climas y plagas, la incorporación de nuevos métodos de cultivo mecanizados y el uso de fertilizantes, plaguicidas y riego por irrigación.

cios marginales sin equipamientos ni servicios mínimos, que profundizaron la pobreza y las desigualdades en las ciudades. En los bordes metropolitanos se generaron *paisajes intermedios*, intersticiales y discontinuos, producto de decisiones orientadas fundamentalmente por la economía, interactuando, a su vez, con límites jurisdiccionales, infraestructuras o componentes naturales, complejizando aún más la situación socioambiental (Galimberti, 2016).

Sin embargo, el modelo se siguió legitimando por la tríada Estado, ciencia y empresas que sostienen el discurso del desarrollo (Gárgano, 2020). De hecho, se profundizó en Latinoamérica con el Boom de los *Commodities*², acompañado en gran parte por gobiernos progresistas que lo tomaron como eje central del desarrollo y fuente de la compensación social. Esto condujo a la construcción de un nuevo concepto, el neoextractivismo, un extractivismo contemporáneo con perspectiva latinoamericana. Eduardo Gudynas (2017) señala que este proceso, si bien estuvo acompañado por una mayor presencia estatal y de regulación de las prácticas, solo planteó una diferencia en el modelo con respecto al destino de los excedentes, que representarían la compensación por el sacrificio. Esta reconfiguración refuerza la inserción de los países del sur como proveedores de materias primas y profundiza las asimetrías y la reprimarización de las economías. Asimismo, se aleja cada vez más del objetivo inicial, que justamente proponía combatir el hambre mundial (Svampa & Viale, 2017).

La actividad agropecuaria se fue ubicando así entre los emprendimientos considerados extractivos y tendió a avanzar con un patrón análogo entre diversos lugares. Gudynas los define como “emprendimientos que remueven o extraen enormes volúmenes de recursos naturales, como minerales, hidrocarburos o agroalimentos, y que son exportados directamente sin ser procesados, o con un procesamiento o industrialización muy limitada” (2010, p. 40). Los considera *glocales*, en tanto están anclados localmente, pero dependen de mercados globales. En ese sentido, la agricultura cada vez más mecanizada y dependiente de tecnologías e insumos químicos de otros países fue implicando menos desarrollo industrial en la mayoría de los países de origen.

Es importante destacar que existen diversas posturas en torno a la caracterización de la actividad agropecuaria como un neoextractivismo; algunas lo entienden como límite para im-

² Período caracterizado por la suba de precios de materias primas en la primera década del siglo XXI.

plementar algunos cambios, ya que la única salida posible sería un cambio total y utópico de modelo. Se registran así algunas diferencias con enclaves más extremos, como la minería, que permitirían regular la protección ambiental, las fumigaciones, implementar leyes de regulación de los insumos o de rotación de cultivos y demás. De este modo, mientras que para Carlos Reboratti (2017) estos “son pasos hacia el tan necesario extractivismo sensato”, para Cecilia Gárgano (2020) es una negociación suicida con el modelo.

Más allá de estas miradas diversas, las transformaciones que se dieron a principios de 2000 parecen indicar que el modelo intenta acomodarse frente a la crisis. En ese sentido, la gran mayoría de los autores coincide en que la transición del modelo es inminente, sea hacia un extractivismo más sostenible o hacia un modelo de desarrollo alternativo. Lander afirma que “El patrón civilizatorio antropocéntrico, monocultural y patriarcal, de crecimiento sin fin y de guerra sistemática contra los factores que hacen posible la vida en el planeta Tierra atraviesa una crisis terminal” (2015, p. 31). La definición del *antropoceno* como nuevo tiempo geológico, implica que el ser humano alcanzó la máxima fuerza de transformación y tiene intrínseca una connotación cultural que reconoce la naturaleza y la sociedad como dimensiones separadas, al mismo tiempo que posibilita pensar en una reintegración (Trischler, 2017). Esta situación obliga a poner en foco posibles caminos que seguir, aunque, así como el inicio de esta época bisagra está en debate, también es difícil saber cómo salir de la crisis sistémica que generó.

EL MODELO AGROECOLÓGICO COMO ALTERNATIVA

Los debates sobre los paradigmas de desarrollo se refieren repetidamente a la agroecología, tanto como estrategia para un extractivismo menos agresivo como para la transición socioecológica. Existe una gran diversidad de experiencias que interpelan tanto desde lo teórico como desde lo práctico el modelo dominante, desde distintas realidades y con fines diversos, que son interesantes de analizar. Frente al avance del modelo extractivista en los 80, luchas campesinas y movimientos por la agroecología tomaron fuerza a nivel global y en especial en Latinoamérica en defensa de uno alternativo —entre ellos la Vía Campesina o el movimiento brasileño MST—. De acuerdo con el Grupo ETC

(2017), la red de agricultura familiar de la que surgen estos movimientos alimenta al 70 % de la población mundial con alimentos de calidad y trabajando solo el 25 % de la tierra con técnicas tradicionales, motivos que permiten identificar algunos rasgos claves. Como afirma Toledo (2019):

Esta nueva rama de la ciencia surgió como respuesta [a] los innumerables problemas inherentes a la agricultura moderna, como la contaminación de suelos y aguas, la erosión genética, los monocultivos, las afectaciones a la salud humana, los desequilibrios ecológicos locales y regionales, y finalmente el cambio climático global, por el uso del petróleo en toda la cadena alimentaria.

El paradigma agroecológico entiende la producción como parte de un ecosistema, y, por ende, busca preservar el ambiente y no defiende una receta única de producción, sino que se adapta a los ciclos y condiciones naturales del lugar. Asimismo, se apoya en los principios de las prácticas de campesinos ancestrales. Los sistemas alimentarios deben fomentar y fundarse en la solidaridad y la cooperación social, además de potenciar los saberes propios, permitiendo gestar *re-existencias* de las comunidades y el desarrollo local con ciclos cortos de comercialización y consumo.

En ese sentido, la agroecología plantea una perspectiva agroalimentaria holística, apoyada en principios ecológicos, sociales, culturales y políticos, teniendo como fin la construcción de sistemas alimentarios soberanos. De acuerdo con Battocchio (2020), este modelo al mismo tiempo que ayuda a enfriar el planeta y a alimentar a la mayoría de la población, sostiene una gran cantidad de valores que todavía resisten a la colonización. Desde estas bases se impulsaron distintos procesos sociales emancipatorios que buscan la transformación ecológica y social de la realidad agroalimentaria evitando la degradación. Asimismo, son acompañados cada vez más por grupos sociales e incluso profesionales que pretenden instalar nuevos códigos y visibilizar ocultamientos del modelo dominante.

En el ámbito urbano, el modelo agroalimentario alternativo tuvo otros objetivos iniciales. Si bien la agricultura siempre estuvo en relación con la ciudad e históricamente fue una herramienta para la subsistencia —sobre todo en períodos de crisis—, con el crecimiento de la agricultura comercial se empezó a desvincular. Sin embargo, en el contexto de la crisis sistémica

contemporánea volvió a tomar relevancia, sobre todo en espacios intersticiales de los bordes territoriales metropolitanos de países empobrecidos en donde los efectos socioambientales son más crudos y hay disponibilidad espacial y escasa regulación para huertas espontáneas (Degenhart, 2016).

En principio fueron experiencias impulsadas por movimientos sociales que defendían los derechos de los desocupados y luchaban contra la pobreza, así como por trabajadores expulsados del ámbito rural que empezaban a hacer lo que sabían en los lugares que había disponibles como estrategia de subsistencia. La agricultura urbana actualmente se define como una práctica agrícola realizada por personas que viven en las ciudades, que no son agricultores, pero podrían haberlo sido en el pasado, cuyo principal objetivo es satisfacer necesidades alimentarias, aunque también puede ser un pequeño aporte económico. Son actividades de pequeña escala, dispersas, realizadas en terrenos vacíos o inutilizables, pero integradas al medio urbano en términos de acceso a los insumos y a la circulación de los productos (Mougeot, 2000; Zaar, 2011).

En las experiencias de agricultura urbana, la agroecología es inherente a la práctica, porque, a diferencia del modelo convencional, permite adaptar la producción según la aptitud de los suelos, los insumos y herramientas disponibles o los saberes de las personas. Además, ofrece respuestas a las distintas dimensiones de la crisis, sociales, ambientales, culturales o económicas, incluso vinculadas con lo identitario (Bracalenti *et al.*, 2011). Desde los momentos de capacitación hasta las ferias de intercambios de semillas y alimentos sanos se suceden en espacios urbanos y visibles, a la vista toda la cadena de producción, lo que permite construir puentes incluso con redes de consumidores y configurar actores territoriales colectivos con fuerza para resistir al modelo dominante.

Sin embargo, es necesario mencionar que el paquete “agroecología y agricultura urbana” en los últimos años se volvió atractivo para los discursos más conservadores —profundizado desde la declaración de la pandemia por COVID-19—, ya que permite el acceso a la alimentación saludable en las grandes ciudades al mismo tiempo que enverdece los ámbitos urbanos. De este modo, estos planteos terminan siendo absorbidos por los discursos más individualistas y dinámicas que refuerzan el neoliberalismo; por ejemplo, utilizándolos como *marketing* y favoreciendo

nuevas olas de acumulación (Ávila Sánchez, 2018). Señalar estas operaciones no pretende desacreditar el potencial de las experiencias, sino comprender cuáles son los ejes que estructuran el modelo alternativo.

Las prácticas con sentido más contrahegemónico son más frecuentes en los países del sur global. De acuerdo con Lander (2015), América Latina en las últimas dos décadas ha sido uno de los lugares más activos en el debate sobre los modelos de desarrollo, en donde se esparcieron y visibilizaron gran cantidad de movilizaciones y luchas sociales contra los extractivismos. Si bien suelen ser casos locales y muchas veces no logran ser un aporte sustantivo a la soberanía alimentaria por su baja productividad, contribuyen enormemente a la subsistencia familiar y generan redes de producción y comercialización solidarias (Ávila Sánchez, 2018). En ese sentido, y aunque su consideración sigue siendo mínima, tanto organismos internacionales como la Organización para la Alimentación y la Agricultura (FAO) de las Naciones Unidas como los gobiernos locales empezaron a promoverlos, reconociendo la importancia en sus distintas dimensiones. Son cada vez más las ciudades con políticas vinculadas con la actividad que la incorporan al ordenamiento urbano o tiene algún anclaje legal, o es considerada en diversos proyectos y programas de distinta escala y con diversos apoyos.

Estas experiencias avanzan así desde modelos alternativos y parecen contribuir a una salida de la situación dramática que se plantea a nivel global. En ese sentido, leer la multifuncionalidad y las distintas dimensiones que abordan estos espacios permite comprender la gran complejidad en torno a la producción de alimentos y pensar en más de una categoría formal para su protección y promoción, resistiendo desde distintos frentes las presiones del crecimiento económico (Van den Berg & Van Veenhuizen, 2006). Cabe aclarar que muchas veces los programas no tienen continuidad por cuestiones políticas coyunturales; por eso es fundamental la articulación de miradas.

EL MODELO SOJERO EN ARGENTINA: LA ENCRUCIJADA

El modelo de producción agraria en la mayoría de los países latinoamericanos —como ya se mencionó— se enmarca en un contexto de políticas neoliberales y de desregulación a fines del siglo pasado, pero con particularidades según cada territorio

nacional. En Argentina los cultivos transgénicos se aprobaron en 1996 y fueron utilizados como un instrumento de un régimen alimentario neoliberal sin regulaciones que, siguiendo a Cecilia Gárgano (2020), hizo del país un laboratorio a cielo abierto. La ubicación y características del territorio nacional, el vínculo geográfico con otros países y el acceso a una de las vías navegables más importantes de la región permitieron que el modelo agroexportador se consolidara apoyado en la Hidrovía Paraguay-Paraná. Esta vía fluvial tiene un rol clave en la conexión de los territorios productores de materias primas con los mercados agroalimentarios internacionales y centros productores globales (Taller Ecologista, 2020). Por el río Paraná no solo se exporta el 83 % de la producción argentina, sino también gran parte de los recursos naturales de otros países latinoamericanos. En ese sentido, Luciano Orellano (2020) se refiere a la cuenca del Plata como el *Potosí del Siglo XXI*.

Todo el territorio nacional, desde sus grandes extensiones de tierra hasta sus cursos fluviales, ha sido concebido en términos mercantilistas con gran potencial vinculado fundamentalmente con la cadena del agronegocio. Modelo que con el *Boom de los Commodities* se profundizó fuertemente orientado al monocultivo de soja con el apoyo de los gobiernos, independientemente de su posición ideológica (Svampa & Viale, 2017). La producción mecanizada y tecnológica apoyada en los agroquímicos sin regular fue corriendo su frontera hasta límites urbanos con el objetivo de mejorar las ganancias, deteriorando la tierra, desforestando, contaminando el agua y profundizando las desigualdades ya existentes.

Las posiciones con respecto al modelo sojero en Argentina son muy diversas, y si bien sus impactos ambientales son cada vez más reconocidos, el gran debate se genera respecto de su impacto en el “desarrollo” nacional. Mientras que algunos autores sostienen que en el proceso para la exportación de la soja es casi nulo el circuito industrial agregado en el país —y, por ende, muy poca la generación de empleo—, otros insisten en el desarrollo que genera sobre todo en relación con las ciudades portuarias y niegan o subestiman las externalidades. Muchas veces se desacreditan los discursos de las poblaciones afectadas, exigiendo que comprueben los efectos que perciben. De este modo, y con la excusa de mantener los niveles de productividad y generar divisas, se avalan los impactos del modelo, y los monocultivos de soja

continúan avanzando dejando al país en una encrucijada:

¿El campo fumigado o la crisis? El mundo que construye el capital nos deja en medio de la alternativa infernal sin salida. Envenenar los suelos «o quedarnos sin producto bruto interno (PBI)». Continuar sacrificando territorios y poblaciones, o dejar de tener divisas para «funcionar» como país.

(Gárgano, 2022, p. 215)

Del mismo modo que lo que se plantea frente a la salida de la crisis y la transición del modelo neoextractivista a nivel global en Argentina tampoco hay respuestas, aunque los distintos autores coinciden en buscar alternativas. También a nivel nacional existen posturas que proponen una transición hacia un modelo más sostenible, mientras que otras proponen una negociación y aceptación del sacrificio, con la intención de, al menos, mitigar los impactos. Como sostiene Carlos Reboratti (2017), “En aras del beneficio para todos, podríamos tal vez comenzar por separar lo posible de lo utópico”. En esta disyuntiva, y a pesar del gran predominio del modelo sojero, existen muchas y diversas experiencias que proponen alternativas. Algunas tienen objetivos más vinculados con las *re-existencias* o la emancipación de las comunidades; otras, con el fin de cubrir necesidades básicas, y otras están orientadas a hacer las actividades productivas un poco menos agresivas para el entorno. La gran mayoría proviene de los sectores más excluidos de la sociedad y se elaboran de manera autogestiva, proponiendo experiencias plurales y nuevas formas de comunidad, aunque son cada vez más reconocidas y acompañadas, sobre todo por la sociedad en general y los gobiernos locales.

A nivel nacional, la agroecología empezó a difundirse de la mano de la agricultura urbana y periurbana. Por un lado, en el ámbito urbano se puso en escena en los 90 como medio para sobrevivir y producir alimentos en los espacios disponibles con los conocimientos heredados. Las personas expulsadas de los circuitos productivos tradicionales empezaron a elaborar alternativas concretas por necesidad (Bracalenti *et al.*, 2011). En paralelo, cuando se consolidó el modelo agrario basado en los transgénicos, los movimientos campesinos por la agroecología se comenzaron a organizar con el objetivo de resistir al avance

del agronegocio, sobre todo en los periurbanos vinculados con la producción de pequeña o mediana escala. Paulatinamente, se fueron incorporando allí inmigrantes de países limítrofes en búsqueda de mejores oportunidades que trajeron sus saberes a los corredores verdes más importantes del país. Dadas sus características, Argentina prometía gran prosperidad y ofrecía un escenario atractivo también para la revolución agraria.

Sin embargo, muchas experiencias quedaron marcadas por la marginalidad e incluso configuraron paisajes particulares con dificultades para integrarse al contexto urbano. A pesar de que hubo un intento de los gobiernos progresistas de principio de siglo por reivindicar la agricultura familiar y los movimientos campesinos por la agroecología, solo significaron reconocimientos simbólicos y escasos aportes económicos a través de programas, mientras se seguía consolidando el modelo sojero como eje de desarrollo nacional. Los distintos casos, ubicados en espacios intersticiales de las grandes ciudades o empujados por pequeños agricultores en los periurbanos, aún se sostienen y sigue vigente su valor. Son cada vez más los enfoques que refuerzan el potencial de la agricultura familiar y campesina y su paradigma productivo para la generación de empleo y la construcción de redes comunitarias, así como para contribuir a los conflictos ambientales y a la soberanía alimentaria. Estas experiencias pueden tener un efecto transformador e impulsar transformaciones hacia el centro de los territorios rurales (Svampa & Viale, 2020).

En ese sentido, las pequeñas experiencias en la interfaz urbano-rural podrían ser un germen dinamizador para una transformación a mayor escala. Observarlas permitiría cambiar el foco del debate entre modelo sí o modelo no, y orientar alternativas concretas y posibles. Desde la Red Nacional de Municipios y Comunidades que Fomentan la Agroecología, sostienen que la transición agroecológica necesita una articulación entre los saberes locales, la sociedad y la academia. Estudiar de cerca la participación de los distintos actores, el uso del suelo, los insumos y las técnicas permitiría instrumentar un nuevo vínculo sociedad-naturaleza desde un paradigma alternativo al antropocéntrico, e imaginar también un modelo de interfaz urbano-rural distinto del actual y tan conflictivo.

EL CASO DE LA RMR Y EXPERIENCIAS EN LA INTERFAZ URBANO-RURAL

La Región Metropolitana de Rosario (RMR) conforma un eslabón clave de la cadena agroexportadora del país por su condición portuaria integrada a una importante región agraria. Rosario, como ciudad cabecera, se posiciona en los últimos años no solo como el mayor centro agroexportador de oleaginosas en Argentina, sino el primero a nivel mundial. En 2021 se despacharon por los puertos del gran Rosario 38.8 Mt de oleaginosas y derivados, lo que lo vuelve el principal polo sojero del mundo. A pesar de la enorme contribución que esto significa para la economía argentina, en la región también recaen y se concentran muchos de los impactos socioambientales del modelo. Además de las transformaciones similares a otras ciudades del contexto latinoamericano, contiene particularidades respecto de su rol como ciudad portuaria en el flujo comercial más importante de la región. Históricamente, su ubicación estratégica determinó un gran crecimiento y desarrollo, y configura hoy en día una de las áreas metropolitanas más pobladas de Argentina.

A partir de la década de 1980 se posicionó como polo de exportación de importancia regional e internacional. Asimismo, la productividad del suelo y el aumento del precio de los granos en el mercado internacional condujo a un brusco avance de los monocultivos por sobre la producción hortícola tradicional. Según la Secretaría de Agroindustria de la Nación, en 2017, el 57 % de la producción de los seis cultivos principales de Argentina —soja, maíz, trigo, girasol, cebada y sorgo— se encuentra vinculada con el área del Gran Rosario, con un radio de 300 km en torno de la ciudad cabecera. Además, también se localiza el 64 % de la producción de poroto de soja a nivel nacional. En paralelo a ese aumento de la producción, según los datos del IPEC (Instituto Provincial de Estadísticas y Censos) y los últimos censos hortícolas, entre 1985 y 1994 la actividad hortícola de la región disminuyó un 49,5 % continuando el proceso en las décadas posteriores (figura 2).



Figura 1. Instalaciones portuarias en el corredor norte del Gran Rosario. Fuente: ECOM Rosario



Figura 2. Disminución de la producción hortícola y avance de la mancha urbana en la ciudad de Rosario 1991-2010.

Fuente: elaboración propia

Tomando de muestra a la ciudad cabecera, en el año 2012 la municipalidad registró solo a veinticinco productores dedicados a la horticultura y un 62 % de la tierra cultivable de la ciudad dedicada a la agricultura de exportación. Esto implica que Rosario ya no tiene autonomía alimentaria (Terrile, 2016). En términos territoriales, este proceso tuvo un gran impacto. Flujos migratorios de personas hacia Rosario que, como no podían acceder al suelo urbano en el mercado formal o estaban vinculadas con trabajos de campo o poco estables, empezaron a ocupar ilegal-

mente un borde urbano sin infraestructuras o servicios y fueron conformando distintos asentamientos populares. Paralelamente crecieron las urbanizaciones cerradas en los bordes, con el objetivo de conseguir una mejor calidad de vida que en el centro. Los cambios productivos y la situación de reconversión nacional hacia el neoliberalismo que dejó desindustrialización y una crisis caracterizada por el desempleo generaron un esquema territorial ya conocido. Sin embargo, las características de la RMR ofrecían otro panorama. Así como había gente expulsada del cordón industrial, se produjo un gran crecimiento del sector agroexportador en toda su cadena de procesamiento, desde la extensión de los monocultivos hasta el procesamiento para la exportación y, con el Boom de los *Commodities*, su reinversión en construcción —muchas veces apoyada en mano de obra precarizada—.

El borde territorial de Rosario registra grandes injusticias y fragmentos territoriales que fueron borrando las huellas de una historia hortícola y exponen las desigualdades contemporáneas, configurando espacios de interfaz con muchas particularidades (Galimberti, 2016). La urbanización del suelo rural y de borde aumenta la escorrentía provocando graves inundaciones. La dispersión residencial de baja densidad complejiza el sistema de movilidad y empeora la sostenibilidad territorial. Los espacios urbanos públicos se configuran en los intersticios, sin contemplar el vínculo con la naturaleza, configurando un espacio urbano deteriorado ambientalmente, con pérdida de flora y fauna. Al mismo tiempo, el avance del monocultivo de soja aporta también a la impermeabilización del suelo y a la pérdida de la biodiversidad, contaminando la tierra y el agua con el uso de agroquímicos (Montico & Di Leo, 2007). Cuestiones que lógicamente se suman a los cambios climáticos globales y plantean una situación aún más crítica (figura 3).



Figura 3. Interfaz urbano-rural de rosario y tendencia al monocultivo de la soja en el gran rosario. Fuente: fotografías de las autoras

AGRICULTURA URBANA Y AGROECOLOGÍA EN ROSARIO: LOS PARQUES HUERTA COMO PROPUESTA URBANA

En ese contexto, en las últimas décadas confluyeron distintos procesos en los cuales agricultura urbana y agroecología fueron configurando una de las experiencias alternativas al modelo más reconocidas internacionalmente. Rosario es reconocida por la FAO como una de las diez ciudades verdes del mundo por su trayectoria en el tema. Las primeras huertas espontáneas se registran entre el 89 y el 90, cuando los efectos del neoliberalismo ya se empezaban a sentir en algunos lugares. Eran huertas en cualquier terreno disponible —público o privado— como alternativa de subsistencia en donde se producían algunos alimentos para el autoconsumo. Muchas comenzaron por iniciativa de personas que habían migrado de provincias como Chaco, Corrientes o Santiago del Estero, en donde el modelo agroalimentario extractivo ya se había consolidado fuertemente, y en las grandes ciudades cercanas no ofrecían oportunidades laborales. De este modo, familias enteras trajeron sus saberes y su experiencia en otros campos del país o de países limítrofes que ya no los necesitaban (figura 4).

Rosario no era un caso único; en otras ciudades centrales del país estaba sucediendo lo mismo, por lo que fueron promovidas a nivel nacional por el programa ProHuerta³ y acompañadas muchas veces por movimientos piqueteros y de ollas populares que luchaban contra el hambre. La particularidad de esta ciudad

³ Desde 1990 el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) promovía y acompañaba la autoproducción de alimentos brindando recursos a las familias involucradas.

fue que también tuvo el impulso de una organización contrahegemónica que se conformó como ONG, el Centro de Estudios para la Producción Agroecológica (CEPAR), constituida por un grupo de ingenieros agrónomos que promovían la agroecología como modelo de desarrollo alternativo. Esto marcó el comienzo de un proceso de coproducción y difusión de saberes agroecológicos en el cual la usurpación pacífica de suelo ocioso, como lo llamaron los vecinos, se fue legitimando y se fue construyendo un colectivo con identidad huertera que funcionaba en red en distintos barrios de la ciudad (Mazzuca *et al.*, 2009).

El estallido social de 2001 marcó un cambio en los modelos organizativos donde los gobiernos locales tuvieron que asumir la mayoría de las responsabilidades. En ese marco, la agricultura urbana adquirió carácter de política pública con la implementación del Programa de Agricultura Urbana (PAU)⁴, un programa municipal que pretendía integrar las distintas iniciativas multiactorales que existían y venían siendo acompañadas desde diversos lugares. Tenía como objetivo garantizar el acceso a alimentos saludables con una tenencia segura del suelo, integrando saberes populares y técnicos para el desarrollo productivo de los barrios. El PAU dio un considerable impulso a una actividad surgida de la movilización social y de la coordinación de distintos intereses, entre los que había convicciones contrahegemónicas que buscaban un cambio de modelo agroalimentario. El rol de la Municipalidad fue alojar las demandas y brindar herramientas, así como formalizar la capacitación en agricultura orgánica articulada con los saberes de las personas (Lattuca, 2019).

Existen algunas cuestiones claves de la propuesta a las que se les atribuye su sostenimiento en el tiempo. Una de ellas es que el programa tuvo una primera etapa de investigación y análisis técnico del territorio que permitió reconocer lo disponible en términos físicos, simbólicos y culturales de los barrios y dejó como saldo un banco municipal de suelos *no construibles*, adelantando un marco normativo para el uso permanente de la tierra. Este consiste en un registro catastral de terrenos a los que se les asignó esta categoría por tener valores paisajísticos o ser bordes de arroyos o infraestructuras, compatibles con el uso agrícola urbano. De este modo, se protegieron los terrenos frente a posibles intereses mercantiles de desarrollo y se logró vincular a propietarios con interesados, implementando herramientas conducentes como el aumento de impuestos municipales a los terrenos sin

⁴ El PAU surgió en 2002. Tenía como objetivo formalizar la actividad no desde la asistencia, sino como una estrategia socioproductiva. Surgió de la articulación de la Municipalidad, el CEPAR y el ProHuerta. Comenzó legitimando la actividad y validando el uso de espacios productivos y comerciales con ordenanzas municipales.

usar y la reducción para los propietarios que los alquilen para cultivos temporales.



Figura 4. Flujos migratorios hacia los bordes de Rosario. Fuente: elaboración propia.

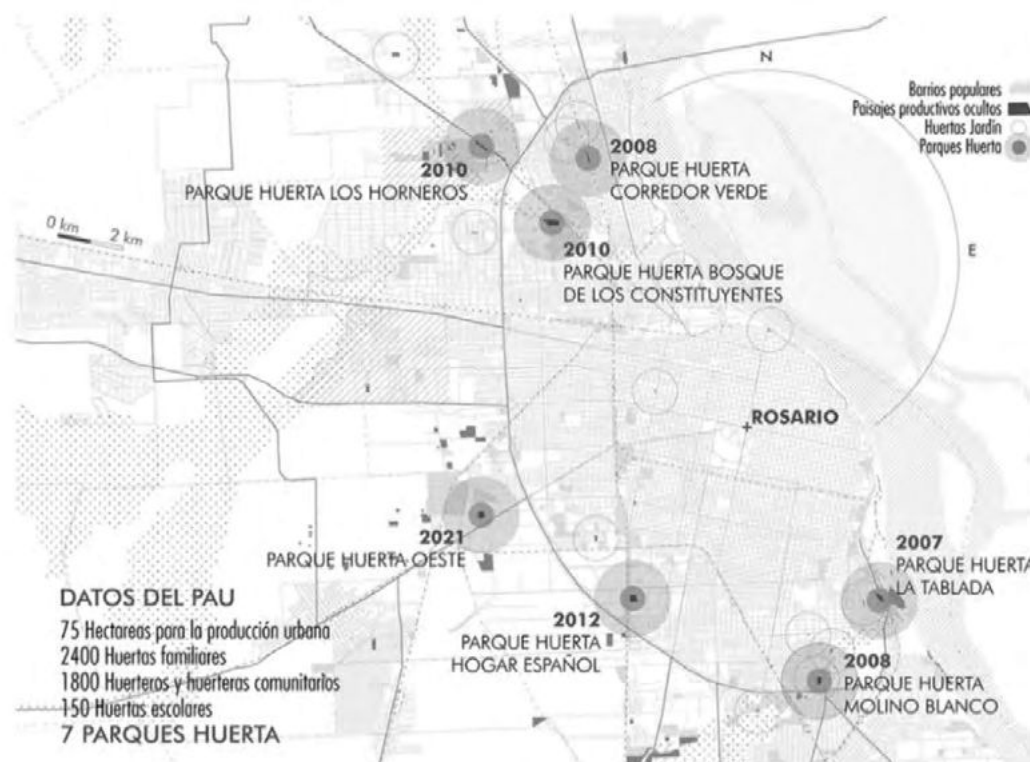


Figura 5. El programa de agricultura Urbana en Rosario. Fuente: elaboración propia.

Este fue un punto bisagra en la experiencia, ya que articula una posición teórica e ideológica con una posibilidad concreta y real de implementación. Al mismo tiempo, permitió delinear en esos lugares los primeros proyectos y, en ese marco, surgió la figura del Parque Huerta. Es una tipología espacial que pretende ser multifuncional y contempla cuestiones productivas, ambientales y sociales integradas al espacio público para dinamizar procesos de democratización y regenerar terrenos urbanos vacíos. Cabe destacar que en 2004 se incorporaron a la planificación, reservando espacios para su ubicación en el Plan Director (Lattuca *et al.*, 2014) (figura 5).

Por otro lado, el programa abrió el diseño a la comunidad mediante talleres participativos de los que formaron parte desde profesionales y actores institucionales hasta los habitantes de los barrios, en donde se implementó una metodología de educación popular y planificación participativa. Esto permitió incorporar a los proyectos las dinámicas propias del lugar y las demandas sociales específicas, ideando los lugares de manera conjunta. Con respecto a los resultados concretos en términos sociales y ambientales, son numerosos los estudios que reconocen el valor vinculado con la reducción de la temperatura, el mejoramiento de la escorrentía, así como con la transformación del paisaje barrial, de los espacios públicos o la reconciliación de la sociedad con la naturaleza y la generación de sistemas de alimentación y movilidad alternativos. En función de estas dimensiones es que ha logrado ganar reconocimiento internacional, ya que se enmarca en discursos hegemónicos relacionados con la sostenibilidad.

Sin embargo, se cree que el valor de la experiencia en Rosario y su vigencia tienen que ver sobre todo con que sostiene un trasfondo que permite imaginar una transición socioecológica apoyada en el modelo agroecológico. Logró reunir organizaciones vinculadas con el terreno agroalimentario y movimientos sociales urbanos en una coalición con actores estatales e institucionales en torno a un plan de trabajo integral y usando como metodología la agroecología, entendida como estrategia de desarrollo local que aborda diversas dimensiones.

La estrategia inmediata fue la de producir alimentos sanos (hortalizas agroecológicas), plantas aromáticas y ornamentales para la generación de ingresos a través de la instalación de huertas urbanas grupales y su comercialización en ferias (inexistentes en la ciudad hasta ese momen-

to). El principio rector ha sido la de constituirse en un modelo de desarrollo local, de construcción de redes sociales, de promoción de una economía social donde existan otras formas de intercambios, donde se privilegie los valores sobre el lucro, donde las familias accedan al suelo para producir y los habitantes ejerzan su derecho a una alimentación sana sin contaminantes, donde las familias en los barrios disfruten de espacios productivos en vez de basurales.

(Feldman *et al.*, 2011, p. 124)



Figura 6. La agricultura urbana con base agroecológica en Rosario. Fuente: Programa Agricultura Urbana – Municipalidad de Rosario

De todos modos, continúan siendo proyectos de corto alcance y tienen diversos cuestionamientos respecto de la titularidad de la tierra o la inserción de la producción en los mercados barriales. Incluso son cuestionados porque la producción termina en grupos con cierta capacidad económica para acceder a alimentos de calidad y desde su institucionalización fueron cada vez más difundidos desde discursos neoliberales, lo que podría apagar la fuerza transformadora de la movilización social. A pesar de esto, ofrecen distintas herramientas que permitirían instrumentar una transición real, al mismo tiempo que tienen potencial dinamizador para su implementación en otras escalas. De hecho, en 2016 se presentó el Proyecto de Cinturón Verde de Rosario (PCVR) como continuación y complementación de la política pública instalada con el PAU, por lo que recientemente la expe-

riencia tuvo otro gran reconocimiento internacional. Su objetivo principal es acompañar la transición agroecológica en el periurbano de la ciudad (Terrile *et al.*, 2019). Este podría ser un caso concreto respecto del impulso que Svampa (2019) identifica en este tipo de experiencias, que podría infiltrarse desde los bordes territoriales hasta el centro de los campos. En Rosario comenzó con huertas espontáneas que lograron llegar al Plan Director con la figura de los parques huerta y actualmente al suelo periurbano a través del PCVR.

Ese impulso también es registrable en términos cuantitativos. Las primeras huertas en 2002 eran 791 y vinculaban a más de 10.000 familias. Sin embargo, fueron iniciativas intermitentes y tendientes a sobrellevar la crisis en terrenos prestados o baldíos. Con la creciente estabilidad y la reactivación económica del país de los años siguientes, la cantidad de huerteros fue disminuyendo, aunque se formalizó la actividad y se regularizó el uso de suelo en tierras municipales. En 2005, quedaron vinculados con las huertas solo las personas que hicieron de la actividad su oficio y trabajo principal. En ese momento, la Red de Huerteros y Huerteras estaba integrada por 285 personas, las cuales trabajaban asociadas a 97 huertas municipales. Sus ingresos variaban respecto de la extensión de la producción, los cuales iban desde los más pequeños que registraban alrededor de 90 dólares mensuales, hasta los mayores que llegan a los 400 dólares. Considerando que la línea de indigencia se marcaba en 90 dólares, la producción huertera configuraba una alternativa económica real (Mazzuca *et al.*, 2009).

El ex coordinador del Programa de Agricultura Urbana y fundador de la CEPAR, Ing. Agr. Antonio Lattuca (como se cita en Padin, 2021), afirma que el crecimiento de la experiencia ha sido exponencial. Actualmente, la Municipalidad de Rosario cuenta con terrenos urbanos para la producción agroecológica que conforman aproximadamente 40 hectáreas. Entre ellas, se distribuyen siete parques huerta, el último de ellos inaugurado en 2021, tres corredores verdes, diez huertas municipales y otras tantas comunitarias. Eso implica una producción de alrededor de 2500 toneladas de verduras, frutas y aromáticas, llevada a cabo por 250 familias, es decir, aproximadamente 1200 personas. Si se evalúa desde el primer registro de la Red de Huerteros y Huerteras, en quince años la cantidad de huerteros y huerteras aumentó un 400%. Sin embargo, los relatos de los huerteros dan

cuenta de que, en términos económicos, la producción no alcanza para considerarse como única actividad laboral.

Por otro lado, el subsecretario de Economía Social de Rosario, Pablo Nasi (como se cita en Padin, 2021), indica que en el marco del PCVR, la Municipalidad reservó 700 hectáreas para la producción agroecológica de alimentos, en las que se prevé la generación de gran cantidad de puestos de trabajo y se espera que lo producido pueda abastecer a toda la ciudad. Asimismo, la creciente demanda de productos de este tipo podría contribuir a establecer un nuevo circuito de producción y consumo.

Desde otra perspectiva, existen también registros que muestran el aporte creciente de las experiencias con respecto a la sustentabilidad. Entre 2002 y 2014, el INTA (2017) registró una notable mejora en los indicadores de sustentabilidad en cuatro parques huerta de la ciudad estudiados. En ese sentido, se registra un gran aumento de la productividad por cantidad de huertos, así como una gran mejoría del estado del suelo, la forestación, la conectividad ecológica, la permeabilidad y la absorción del CO². Asimismo, se identifican como mejores beneficios de estos espacios la reducción del efecto isla de calor, la protección de áreas inundables y la reducción de millas de alimentos y los requisitos de refrigeración.

REFLEXIONES FINALES: ¿UNA COEXISTENCIA DE TRANSICIÓN?

El modelo agroalimentario dominante en la actualidad se originó desde una contradicción que todavía se encuentra vigente. La “Revolución” Verde tuvo como principales objetivos combatir el hambre y aportar al crecimiento económico de determinados grupos. Sin embargo, contribuyó en gran medida a acelerar el proceso de degradación social y ecológica, que nos ubica en una crisis sistémica como humanidad y exige una transición urgente, para la cual la gran mayoría de los autores está mirando al modelo agroecológico.

Algunas posturas todavía niegan la contradicción original —incluso ponen en duda los impactos negativos del paradigma agroexportador—, y plantean la posibilidad de una coexistencia de modelos que permita el desarrollo en términos de crecimiento económico con producciones más sostenibles. Mientras tanto, otras entienden que esto sería una alternativa imposible,

empezando porque no se podrían establecer límites entre las producciones, ya que, aunque haya producción agroecológica, las cuencas y los suelos ya están contaminados. Sin embargo, es necesario pensar en lo posible. Cambiar el modelo de desarrollo global implicaría no solo revisar el paradigma productivo de los países del sur, sino también el de consumo de los países del norte, ya que un modelo extractivista implica que hay un mercado mundial que lo demanda.

El desafío por lograr en lo inmediato, entonces, consiste en establecer objetivos alcanzables a partir de la observación y revisión de casos positivos mientras se sigue discutiendo el modelo de fondo. La realidad exige el replanteo de las prácticas y políticas vigentes. Las experiencias como la desarrollada en el caso rosarino ofrecen herramientas cognoscitivas y de acción concretas en pos de un modelo más sostenible. Por ejemplo, la gestión participativa de los espacios y el trabajo transdisciplinar o la definición de usos de suelo, que involucre a los actores intervinientes de manera integral en todas las etapas del proceso. A partir de la definición de un nuevo tiempo geológico, la transición ya es un hecho, sea hacia una reconversión del modelo neocapitalista más amigable para el ambiente o hacia un modelo alternativo alejado del paradigma antropocéntrico y que reintegre sociedad y naturaleza. No obstante, la transición puede ser planteada de un golpe brusco o desde pequeñas acciones que aporten y vayan generando una coexistencia que conduzca hacia un nuevo modelo sostenible en el tiempo. Una postura muy radical frente a la imposibilidad de la coexistencia de modelos podría poner limitaciones al avance de las alternativas, ya que al estar tan alejadas del objetivo final podrían perder las esperanzas.

BIBLIOGRAFÍA

Ávila Sánchez, H. (2019, abril). Agricultura urbana y periurbana: Reconfiguraciones territoriales y potencialidades en torno a los sistemas alimentarios urbanos. *Investigaciones geográficas*, 98.

[Dx.doi.org/10.14350/riig.59785](https://doi.org/10.14350/riig.59785)

Battocchio, P. (2020). *Agroecología y ecofeminismo: para alcanzar la soberanía alimentaria*. UNR Editora.

Bracalenti, L. *et al.* (2011). Parques-huerta en Rosario, Argentina. Una estrategia de integración de la Agricultura Urbana y Periur-

- bana en el Ordenamiento Territorial. En FAO (Ed.), *Memorias AU: Experiencias de AUP en América Latina y el Caribe* (pp. 31-36).
- Carson, R. (1962). *La primavera silenciosa*. Gedisa.
- Degenhart, B. (2016). La agricultura urbana: un fenómeno global. *Nueva Sociedad*, 262, 133-146.
- ETC Group. ¿Quién nos alimentará? La red campesina alimentaria o la cadena agroindustrial. ETC Group; 2017, p. 12.
- Feldman, S. *et al.* (2012). Posibilidad de la agricultura y la forestación urbana y periurbana en la mitigación y adaptación al cambio climático. *Revista AVERMA*, 16, 123-130.
- Galimberti, C. I. (2016). Paisajes entre-ciudades. Transformaciones contemporáneas de la interfase urbano-rural. *A&P Continuidad*, 5 (3), pp. 148-159.
- Gárgano, C. (2020). Problemáticas socioambientales, expertos y encrucijadas en el campo argentino. *Letras Verdes*, 28, 49-66.
- Gárgano, C. (2022). *El campo como alternativa infernal*. Pasado y presente de una matriz productiva ¿sin escapatoria? Ediciones Imago Mundi.
- Gudynas, E. (2010). Agropecuaria y nuevo extractivismo bajo los gobiernos progresistas de América del Sur. *Territorios*, 5, 37-54.
- Gudynas, E. (2017). Neo-extractivismo y crisis civilizatoria. En Guillermo Ortega, Coord., *América Latina: avanzando hacia la construcción de alternativas* (pp. 29-54) BASE IS.
- INTA (2017). *Gobernabilidad y Gobernanza Ambiental de Interfases Críticas. Uso agroecológico del suelo urbano y periurbano como estrategia de sustentabilidad*. Ciudad de Rosario, Provincia de Santa Fe. [Presentación de PowerPoint].
- Lander E. (2015). Crisis civilizatoria, límites del planeta, asaltos a la democracia y pueblos en resistencia. *Nueva época*, 36, (p. 29-58).
- Lattuca, A. (2019). La agricultura urbana en Rosario, Argentina. *Leisa Revista de Agroecología*, núm. 3, 35, 22-24.
- Lattuca, A. *et al.* (2007). Hacia una agroecología urbana: crítica a la sociología de la agricultura desde la praxis del movimiento

huertero de la ciudad de Rosario en el sur de Santa Fe, Argentina. *Revista Brasileira de Agroecología*, 2 (1), 1828-1831.

Mazzuca, A. *et al.* (2009). *La agricultura urbana en Rosario: balance y perspectivas*. Lima, Perú: IPES.

Montico, S. & Di Leo, N. (2007). Cambios de la sostenibilidad biofísica en las cuencas hidrográficas: tres décadas de reemplazo de pastizales naturales por agricultura. *Cuadernos del CURIHAM*, vol. 13.

Mougeot, L. (2000). Agricultura urbana: Definición, presencia, potencialidades y riesgos. *Cuaderno temático 1*. IPES.

Orellano, L. (2020). *La Argentina sangra por las barracas del Río Paraná*. Editorial Ágora.

Padin, G. L. (2021). Rosario: El programa de Agricultura Urbana que salió “campeón del mundo”. *InterNos*. <https://www.revistainternos.com.ar/>

Palau, M. (2020). Territorios en disputa: Agronegocios vs. agricultura campesina. *Ciencia Digna*, núm. 1, 70-78.

Reboratti, C. (2017). Agricultura y extractivismo. *Voces en el Fénix*, 60. <https://vocesenelfenix.economicas.uba.ar/agricultura-y-extractivismo/>

Svampa, M. (2019). *Las fronteras del neoextractivismo en América Latina. Conflictos socioambientales, giro ecoterritorial y nuevas dependencias*. CALAS.

Svampa, M. & Viale, E. (2020). *El colapso ecológico ya llegó. Una brújula para salir del (mal)desarrollo*. Silgo Veintiuno editores.

Svampa, M. & Viale, E. (2017). Continuidad y radicalización del neoextractivismo en la Argentina. *Voces en el Fénix*, 60, 26-35. <https://vocesenelfenix.economicas.uba.ar/continuidad-y-radicalizacion-del-neoextractivismo-en-la-argentina/>

Taller Ecologista (2020). *La Hidrovía, los agronegocios y los territorios impactados*. Disponible en: <http://tallerecologista.org.ar/>

Terrile, R. *et al.* (2019). El proyecto Cinturón Verde y la implementación de políticas públicas para la generación de un periurbano sustentable en el Área Metropolitana de Rosario. *1° Encuentro Latinoamericano de Estudios del Rururbano*.

Toledo, V. (2019), La revolución agroecológica, la FAO y la 4T. *La Jornada*. www.jornada.com.mx/2019/05/21/opinion/014a1pol

Trischler, H. (2017). El Antropoceno, ¿un concepto geológico o cultural, o ambos? *Desacatos*, 54, 40-57.

Van den Berg, L. & Van Veenhuizen, R. (2006). Las múltiples funciones de la Agricultura Urbana. *Revista Agricultura Urbana*, No. 15, 1-3. www.ruaf.org, www.ipes.org/au

Zaar, M. (2011). Agricultura urbana: Algunas reflexiones sobre su origen e importancia actual. *Biblio 3W*, núm. 944, vol. XVI.